

*et mi amigo Rodolfo Fran-
co Minoz*
ENRIQUE F. RIVAROLA 

LA SEVERA

LEYENDA HISTÓRICA



BUENOS AIRES

Imprenta de M. BIEDMA, Belgrano Número 135

1881

AL SR. P. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

LA SEVERA



LEYENDA HISTÓRICA



1 .

¿Quién sondea el abismo? Quién penetra
donde se abate el pensamiento osado?
¿Quién alcanza á ese límite ignorado
que con móviles ondas guarda el mar?
El corazón del hombre es un abismo,
océano sin playas conocidas,
do en vértigo revuelto, confundidas,
véñse las olas rápidas pasar!

Siempre golpeando dentro el pecho ¡siempre!
Siempre agitando la esperanza humana
con la bella sonrisa del mañana
y el recuerdo dulcísimo de ayer.
Siempre en continua lucha, siempre altivo,
siempre indomable en su tenaz empeño,
siempre mezclando con la vida el sueño
que sube con las alas del placer.

No preguntéis porqué: ninguno sabe!
Todos lo sienten, nadie lo comprende;
es un astro de fuego que se enciende
y nos baña en un mismo resplandor;
es vida de otro mundo en esta vida;
es rayo de otro sol sobre este suelo;
es un cielo mejor sobre ese cielo
fecundo con su luz y su calor.

Pero ¡ay! cuando en la arteria convulsiva
derrama el fuego que consume y mata,
cuando el rayo vibrante se desata
y tiembla dentro el pecho al estallar!
Ay, cuando bate la tormenta el ala!
Ay, cuando el viento pasa y envenena!
Ay, cuando el torbellino de la arena
la ola enturbia, y se levanta el mar!

Y ¿sabeis donde lleva?... Donde el soplo
arrebata la paz de la bonanza,
alli donde sosobra la esperanza,
donde la muerte siéntese pasar;
infierno de la duda, donde, pálido,
se pasea el espectro del suicida,
alli donde las sombras de la vida
descienden en la noche del pesar.

Lleva donde el ensueño que ilumina
como un sol de encendidos resplandores,
envuelto en la espiral de sus vapores
hunde el último rayo de su luz;
donde sueña fatídico en la noche
el graznido del cuervo, funerario;
alli donde la vida es un calvario;
allí donde el recuerdo es una cruz!

Oh, Werther, tú lo sabes! Envolviste
en el polvo de muerte la cabeza,
donde, con la atracción de su belleza,
la imájen de Carlota te llevó;
bajaste los sombríos escalones:
el sol iba cayendo y tu lo mismo;
te abrazaste á las sombras del abismo,
y rijido tu cuerpo en él se hundió.

Pero tu amor era el amor del ángel,
el amor que sustenta una mirada,
un suspiro, una imájen adorada,
que lleva el corazon como un altar;
era el amor desesperado y triste,
que ahogándose en la atmósfera del mundo,
borró toda su historia en un segundo,
y otro mundo mas grande fué á buscar.

Hay amores de ficra enceguedida;
amores, que, al perder toda esperanza,
acechan, como el tigre, en la venganza;
amores del insecto hácia la flór;
del reptil á la blanca mariposa
que alegra con sus alas la llanura;
de la fuerza brutal á la hermosura;
del crimen al candor!

Amor! eterno amor! Vives en todo!
Luz en el alma virgen que te siente,
sombra de tempestad sobre la frente
en que los pensamientos sombras son!
Del despecho levantas, con el ódio,
el incendio, la llama destructora;
la venganza es el fuego que devora;
la pira, el corazon!

II

Facundo! Bien le conocéis. La sangre
en la lucha tenaz por él vertida,
muestra aún en el suelo de la patria
la huella enrojecida.

Era el combate sanguinario, ardiente;
aliento de la pampa era su aliento;
y chocaba la lanza con la espada
sin trégua de un momento.

La ciudad con el bárbaro luchaban
sin concederse un palmo en la pelea;
y en la lid combatían, cuerpo á cuerpo,
la ignorancia y la idea.

La tiniebla y la luz,—como combaten
en el ancho confin del horizonte,
el día con la noche que se aleja
tras la cima del monte.

Como combate el mar con la ribera;
como combate con el mar la nave;
como combate el ave con el viento
y el viento con el ave.

Era Facundo el rayo! Fiero, altivo,
dominaba al mirar; eran sus ojos
los del águila audaz cuando contempla
la víctima en despojos.

Géno de la llanura y su barbárico,
dominaba con fuerza en sus hazañas,
como los huracanes con sus iras
en las altas montañas.

Como domina el cóndor en la roca,
cuando, de pié en la cima, desafía
la tempestad que pasa oscureciendo
el esplendor del día.

Sus pasiones brutales desdeñaban
cuanto hay de grande, generoso y bello,
y llevaba en el alma mas pasiones
que rizados su cabello.

Era la vida turbulenta y libre,
sin mas Dios que el acaso y la fortuna;
sin mas ley que el capricho: hado indomable
que le abrazó en la cuna!

Una noche, en el lecho, revolviase
como el río que salta en las montañas,
como el fuego en el cráter,—convulsivo,
cual si llevase el rayo en las entrañas.

Fijando la mirada en las tinieblas,
y el alma en la mirada, parecía
hablar con los espectros de la sombra
en secreto lenguaje; no se oía
ni una palabra, ni un rumor, ni un eco.
Estaba pensativo como el tigre,
que, apoyando en sus patas la cabeza,
mira el camino envuelto por la bruma,
y, aguardando su presa,
de la boca jadeante arroja espuma.

¿Que pensaba? ¡Quién sabe! Tantas cosas
puede pensar el hombre,
que el ojo atento que lo observa, duda
on que mundo penetra el pensamiento.

Como el ave en la nube,
desplegando sus alas, él se eleva;
sube y encuentra un astro; otra vez sube
y halla una sombra nueva!

El, que hacia temblar con su fiereza;
él, indomable y fuerte en su destreza;
 audaz, en su coraje,
 como el potro salvaje
que alza el pecho y levanta la cabeza;
 postrábase abatido,
 cual leon sorprendido
en la red escondida en la maleza.

Es que la fiera misma,
 como el hombre y el ave,
cede á una fuerza ignota que lo abisma,
cuyo misterio comprender no sabe;
es que su corazon, de amores ciego,
reconcentró su vida en ese instante,
cual reconcentra el sol todo su fuego,
todo el calor, toda la luz radiante!

III

Las flores que abre el alba
fresco rocío de los cielos moja;
entre las verdes hojas de la malva
abre sencilla la corola roja,
 cubierta de frescura;
 y el sol con su luz pura
e refleja brillante en cada hoja.

Todo es amor, todo es belleza, vida.
La tórtola escondida,
del espeso ramaje
asoma alborozada en las coronas,
y tiende de sus alas juguetonas
ceniciento plumaje;
el viento la recibe complaciente;
fúlgido el cielo con su luz la baña;
y vuela, y atraviesa alegremente
del bosque á la cabaña.

Pasa la primavera
como un sueño de besos y de flores
sobre el campo estendido,—que la espera,
como las almas jóvenes la era
de la dulce estacion de los amores.

Y ¿qué flor se levanta la primera,
mas gallarda, mas pura en su embeleso?
y ¿qué acento murmura
mas dulcemente que el amante beso
del perfumado viento en la llanura?
¿Hay acaso mas bellas?... Es Severa!

Juventud inocente
corona su cabeza;
lleva el sello del ángel su belleza,
y el astro del candor sobre la frente.

Sonrie en su pupila
ese sol de las almas pudorosas,
y en su fresca mejilla abren las rosas
su corona de pétalos ardiente.

Negros los ojos, dulce la mirada,
lleva un abismo indescrptible en ellos;
como negra cascada
flotan sobre su espalda los cabellos;
su diminuto pie, cuando camina,
tan bien se afirma, que el amor se afana
por comprender si es criatura humana
ó exhalacion divina.

*

Facundo la ha mirado! El pecho hirviente
ha palpitado en él con furia loca,
que no hay un corazon indiferente
si el ala del amor llega y lo toca.

Ha sentido Facundo, en cada vena,
correr la sangre convertida en fuego,
y el peso abrumador de esa cadena
que lo arrebató irresistible y ciego.

Ciego, la llama en su fatal delirio,
y persigue, con ansias, á Severa,
para unir el aroma de ese lirio
con el aliento horrible de la fiera.

La persigue, la acecha; abofetea
su rostro bello con su mano ruda,
es la fuerza salvaje que pelea
con la mujer que en la virtud se escuda.

Hunde en su frente el tacó de la bota,
sintiendo de furor el pecho lleno,
y en el mar tormentoso que lo azota,
llama en su auxilio el matador veneno.

*

Mas ¿qué puede el reptil, cuando lijera
el ave á impulso de sus alas sube
sobre el ala serena de la nube?....

Severa, con coraje,
firme resiste á aquel amor salvaje,

à ese instinto brutal que se revuelca
aun à su planta en que quedo vencido,
que se revuelca con su horrenda fiebre,
y con las iras de Luzbel caído.

Con el pecho agitado
por todas las pasiones,
así, desesperado,
sintiéndose de pronto sacudido
por las fúrias violentas,
alejóse Facundo, sumerjido
en el mar de sus íntimas tormentas.

IV

Cuando abandona la paloma el nido,
huyendo al gavilan, que vá sediento,
en un sueño de sangre sumerjido,
abierto el pico, el ojo enardecido,
y las plumas rizadas por el viento,—

¿Qué voz alienta à la paloma herida?
¿Qué luz la punta de sus alas toca,
les dá nuevo vigor y nueva vida,
para encontrar mas tarde una guarida
en las grietas oscuras de una roca?..

Ella, abriendo sus alas, tendió el vuelo...
Estenso como un mar, el horizonte
tendia de la tarde el triste velo,
pálido estaba, sin fulgor, el cielo,
el desierto sin fin, lejano el monte.

Pero Dios ¿no dió acaso en la llanura,
á la paloma de sus sueños hija,
una mansion oculta? ¿no es segura,
sobre el campo cubierto de verdara,
la rama del zarzal que la cobija?..

Así Severa, huyendo de Facundo,
y con las alas del candor abiertas,
en busca de la paz olvidó el mundo,
y el cláustro triste á su dolor profundo,
con lúgubre rumor abrió sus puertas.

De ciudad en ciudad, en sus dolores,
siempre impelida por revueltas olas,
cerró al tigre la luz de sus amores,
como cierran, purisimas, las flores,
temerosas del viento, sus corolas.

Al fin tocó sobre la quieta orilla;
bajel, perdido el rumbo, llegó al puerto;

su inocencia de virgen sin mancilla,
salvó, como la tímida avecilla
que cruza con sus alas el desierto.

Halló el asilo, en su pesar, Severa;
en su virtud, huyó de la acechanza;
venció con su firmeza duradera
los instintos brutales de la fiera;
y se abrazó á la cruz de la esperanza.

*

En la nave sombría,
cual de mudas estátuas; se estendia
larga fila de monjes, que en silencio
bajaban la cabeza; de los cirios
la triste palidez se reflejaba
en la bóveda enorme, en que vibraba
la música solemne; el crucifijo,
sobre el místico altar en que las flores
vertian sus balsámicos olores,
estendia sus brazos en la sombra;
y la espiral que alzaba el incensario,
con velos perfumados envolvía
esas hijas llorosas del calvario:

Magdalena y Maria!

*

Sobre la piedra helada,—
como el cadáver rijido en la tumba,—
tendida estaba la novicia; el velo
que cubria su cuerpo, sobre el suelo,
como las olas sobre el mar, flotaba;
el ala de algun ángel que pasaba
lo hacia estremecer, como estremece,
las hojas tiernas en la flor el viento,
cuando al pasar en el jardín las mece,
las besa y las envuelve con su aliento.

Los cabellos cortados;
esas exéquias fúnebres á un vivo;
esos monjes callados,
con aire pensativo;
esa terrible majestad de muerte;
y ese sueño profundo
que finge la novicia ¿es lo que advierte
su destino fatal, y la convierte
en muerta para el mundo?...
Sí! muerta para el mundo está, Dios mio!
¿Porqué es el cláustro, cual la tumba, frio?

*

Ya no verá del sol sobre los campos
la luz fecunda que las mieses dora;
no verá en el confín del horizonte
entre sonrisas palpitar la aurora;

no buscará los nidos
que en los arbustos balancea el viento,
ni aquellos escondidos
en el hueco de un muro amarillento,
ó entre las verdes hojas de la hiedra
que echaron su raiz sobre la piedra.

No saltará gozosa en la llanura;
no cruzará el camino
que conduce del monte á la espesura,
siguiendo el remolino
de las hojas caidas,
ó aquellas siempre inquietas mariposas,
alegres, y esparcidas,
como un beso de amor, sobre las rosas.

Ella abandona el mundo! Ella lo olvida
para acallar las penas de la vida!...
Eso dicen los cirios que se apagan,
la música que cesa, el coño suave,
y las sombras que vagan
en las bóvedas tristes de la nave.

V

¿Acaso visteis una vez siquiera
fuera del cauce desbordado el rio
invadir con sus aguas la pradera,

como el mar que levántase bravio,—
y la cabaña rústica, el ganado,
 la verde sementera,
 y hasta el nido olvidado
entre las hojas que le dió el estio?
Pues bien! así Facundo, atormentado
por aquel corazon hecho pabezas,
se desbordó en la sed de la venganza....
y vertieron mas sangre las cabezas
alzadas en la punta de su lanza!

¿Quién lo sujeta? Como el tigre el campo,
él, las ciudades con la muerte asola,
invade como Atila; como invade,
sin que haya un dique à su poder, la ola.
Con el despecho de su amor vencido,
siembra terrible espanto, mudo asombro;
y lleva, sin templarse en el olvido,
como Atlas, un mundo sobre el hombro;
un mundo de combates y de ódios,
de iras impetuosas sin bonanza,
de voces que le siguen incansables
 y le gritan: venganza!

*

Y ¿que es de la Severa encantadora?..
La cruz sobre el vetusto campanario

indica que debajo hay un calvario
do el alma entristecida ruega y llora.
Ah! la pobre Severa!.. el muro frio
la separó del hombre, y halló en calma
el mundo de la muerte para el alma
en el claustro sombrío.

*

En las horas de tristes pensamientos,
cuando la noche, fúnebre, caía,
y el ala fugitiva de los vientos
entregaba à la sombra sus lamentos
en las grietas que la piedra abría,
¡cuántas veces, despierta sobre el lecho,
siguió las hondas del recuerdo vago
que se alzaban, formándose en su pecho
como la nube ténue sobre el lago!

Pero ella era feliz! Lèjos del mundo,—
quizás como en la tumba,— no escuchaba
la palabra maldita de Facundo,
y en el mayor dolor se consolaba.
Para salvar la honra de su vida
la hundió en la noche del eterno duelo:
caido el cuerpo, levantóse el ángel
con las alas abiertas sobre el cielo.

*

Mas ¿qué gritos de turba maldecida
 que en vértigo fatal se desenfrena,
 aquel silencio, aquella paz, perturba,
 y como el trueno de la noche suena?...
 ¡Qué! Ni aun en la tumba habrá reposo?
 ¿Quién se atreve á inquietarlo? ¿Quién provoca
 la magestad sombría de la muerte
 llevando las blasfemias en la boca?
 Oh, Facundo!.... Si negra es la pendiente,
 mas negro es el abismo; va tu frente
 sumerjida en la nube sanguinarja
 y en cada pensamiento un crimen llevas!
 ¿Porqué inquietas la paz en estas cuevas
 y ahogas en los labios la plegaria?...
 Si una virtud sin mancha es lo que esconde
 el muro de granito
 ¿porque no lo respetas?... Donde, donde,
 irá á estrellarse tu furor maldito?...
 Si es Severa que huye, y abrazada
 á Cristo y á la cruz, en su esperanza
 párase allí, convulsa y agitada,
 ¿por qué sobre la cruz pones la lanza?

 Azorado, en desórden, de los seres
 que el mundo ya olvidó, grupos inquietos
 salen de aquel recinto solitario,—
 cual mudos esqueletos,

envueltos en el fúnebre sudario
salieran de esas tumbas, si hoy tuviese
un Salvador el mundo, que á sus puertas
lo que á Lázaro dijo les dijese.

*

Algo como el mortal presentimiento,
como el grito del buho que convierte
el lúgubre silencio en el lamento
con que anuncia la muerte,
asi sintió en el corazon Severa.

Oraba en ese instante.

Un destello del sol es su semblante
parecia que el llanto recogiera
y hasta el trono de Dios lo levantara,
como el rocío que la noche llora,
al cielo, hecho vapores, se elevara
en las alas brillantes de la aurora!

*:

Formadas en el claustro,
con el pecho agitado, palpitante,
como pecho de cándida paloma
sorprendida en el nido; vacilante
el pié sobre aquel duro pavimento;
viejas, jóvenes, todas se estremecen,
y fantasmas parecen
que impele en la tiniebla un mismo viento.

Facundo avanza, como cuervo hambriento
que cae sobre el cadáver, y desgarrá
con su sangrienta garra
el despojo sin vida que aun humea;
como el cuervo también, revolotea;
mira aquí, mira allá, gira, revuelve
los ojos por la sed enrojecidos,
por la sed de la sangre,
y como dos infiernos encendidos!

*

Una mujer, ya pálida,
queda, al mirarlo, con la vista fija;
fija como la flecha que se clava
en el tronco del árbol; aterrada,
parece de otro mundo su mirada;
como el alma que gime,
el alma toda á su pupila asoma;
quiero gritar, pero su voz se oprime. . .
y herida por la muerte se desploma!

Enrique E. Rivarola.

Buenos Aires, Agosto de 1880.



